

*Hostilizan los etolios la retaguardia de Filipo. – Ofrenda que efectúa este príncipe a los dioses en acción de gracias, y convite con que obsequia a los oficiales. – Motín en el campamento, y escarmiento de los promotores.*

Habiendo cogido Filipo cuanto pudo llevar y conducir (aquí interrumpimos la narración), marchó de Termo, y regresó por el mismo camino por donde había venido. Puso en la vanguardia el botín y los pesadamente armados, y dejó en la retaguardia los acarnianos y extranjeros. Todo su anhelo era atravesar cuanto antes los desfiladeros, porque presumía que los etolios se aprovecharían de las dificultades del camino para picarle la retaguardia, como en efecto ocurrió al instante. Se reunieron hasta casi tres mil etolios al mando de Alejandro Triconiense para acudir al socorro. Mientras el rey estuvo sobre las cumbres, no se aproximaron, permanecieron quietos en ciertos lugares ocultos, pero lo mismo fue moverse la retaguardia, se echaron sobre Termo, y atacaron las últimas líneas. Cuanto mayor era la confusión en la retaguardia, tanto con mayor brío los etolios, favorecidos del terreno, les cargaban y mataban. Mas el rey, que tenía previsto este lance, había apostado al bajar al pie de cierta colina un trozo de ilirios y rodeleros escogidos; los cuales, acometiendo y cargando sobre el enemigo que venía en su seguimiento, mataron ciento treinta, cogieron prisioneros pocos menos, y el resto emprendió la huida sin orden por senderos extraviados. Después de esta victoria, la retaguardia prendió fuego de paso a Panfia, atravesó sin riesgo los desfiladeros y se incorporó con los macedonios. Filipo tenía sentado el campo alrededor de Metapa, donde esperaba el último tercio del ejército. Al día siguiente que llegó, ordenó arrasarse esta ciudad, echó a andar y acampó alrededor de Acras. Al día después prosiguió su marcha talando de paso la campiña, y sentó sus reales en Cónope, donde permaneció el día inmediato. Al siguiente levantó el campo, y marchó a orillas del Aqueloo hasta Estrato; donde, atravesado el río, situó el ejército fuera de tiro, para inquietar a los de dentro.

Tenía noticia de que habían entrado en esta plaza tres mil infantes etolios, cuatrocientos caballos y quinientos cretenses. Mas viendo que nadie osaba salir fuera, volvió a emprender su viaje, ordenando a la vanguardia marchase a Limnea, donde estaba su escuadra. Lo mismo fue separarse de la ciudad la retaguardia, que salir por de pronto algunos caballos etolios a inquietar las últimas líneas.

A éstos vinieron a reunirse los cretenses y algunos infantes etolios, los cuales, dando mayor vigor a la acción, forzaron la retaguardia macedonia a hacer frente y venir a las manos. Al principio se peleó por ambas partes con igual fortuna; pero acudiendo los ilirios a sostener los extranjeros de Filipo, la caballería etolia y los mercenarios volvieron la espalda, y emprendieron la huida en desorden. La mayor parte fue perseguida por los del rey hasta las puertas y muros de la ciudad, en cuyo alcance mataron cien personas. Después de este choque ya no se atrevieron a moverse los de dentro, y la retaguardia se incorporó sin peligro con el ejército y los navíos. En Limnea el rey, después de haber acampado cómodamente, hizo un sacrificio a los dioses en acción de gracias por la dicha concedida a su empresa, y dio un convite a los oficiales. Se tenía por temeridad el que el rey se hubiese arrojado en un terreno tan escabroso, donde hasta entonces nadie había osado penetrar con sus armas; pero él entró y salió sin riesgo, después de haber conseguido sus propósitos. Por eso ahora, alegre en extremo, hacía este obsequio a los oficiales. Sólo Megaleas y Leontio, que tenían tratado con Apeles embarazar todas las ideas de este príncipe, se dolían de la felicidad que había alcanzado. Pero viendo frustrados sus esfuerzos, y que las cosas habían salido al contrario, aunque tristes, concurrieron al fin con los demás convidados.

A poco rato dieron que sospechar al rey y a los demás, de que no se interesaban tanto como ellos en la felicidad de las armas. Mas prontamente descubrió sus interiores la continuación de los brindis y la intemperancia en la comida y bebida, a que se vieron precisados por acompañar a los demás. No bien se había concluido el convite, cuando locos y enajenados con la borrachera, echan a buscar a Arato, le encuentran cuando se retiraba, le llenan por de pronto de improperios y emprenden después acabar con él a pedradas. Al instante acudieron muchos a sostener uno y otro partido, y se levantó un alboroto y conmoción en el campamento. La vocería llegó a oídos del rey, quien mandó gentes para que se informasen y remediasen el desorden. Llegaron éstos, Arato les cuenta lo sucedido, pone por testigos a los circunstantes, redime la vejación y se retira a su tienda. Por lo que hace a Leontio, escapó entre la confusión sin saber cómo. El rey, informado del hecho, envió a llamar a Megaleas y Crinón, y los reprendió ásperamente. Pero ellos, lejos de someterse, prorrumpieron en nuevas amenazas, diciendo que no desistirían del propósito hasta haber dado a Arato su merecido. El rey, irritado con este desacato, los mandó multar al instante en veinte talentos, y llevarlos a la cárcel.

Al día siguiente envió a llamar a Arato, y le exhortó a que viviese seguro de que pondría el remedio conveniente en el asunto. Leontio, informado de lo que pasaba con Megaleas, vino a la tienda del rey acompañado de alguna tropa. Estaba persuadido de que este príncipe se atemorizaría por su poca edad y mudaría prontamente de resolución. Lo mismo fue presentarse que preguntar: «¿Quién ha tenido osadía para echar mano a Megaleas, y llevarle a la cárcel?» «Yo», respondió el rey con entereza; palabra que aterró a Leontio, le hizo dar un gran suspiro y retirarse enfurecido.

Después el rey se hizo a la vela con toda la escuadra, atravesó el golfo y arribó en breve tiempo a Léucade. Aquí, dada orden a los que estaban encargados de la distribución del botín para que la evacuasen cuanto antes, reunió mientras sus confidentes, para examinar la causa de Megaleas. Arato entabló la acusación de éste y de sus compañeros, recorriendo la serie de sus excesos desde el principio. Hizo ver claramente que eran autores de una muerte que se había perpetrado después de la partida de Antígono, que tenían tramada una conjuración con Apeles y

que por ellos no se había tomado Palea. A todos estos cargos, que Arato hizo palpables y demostró con testigos, no tuvo qué responder Megaleas, por lo que fue condenado a una voz por todos. Crinón permaneció en la prisión, y Leontio salió por fiador de la multa de Megaleas. He aquí el estado de la conjuración de Apeles y Leontio, cuyo éxito vino a ser distinto de lo que se habían prometido al principio. Creyeron que aterrarían a Arato, que dejarían al rey solo y que obrarían después según su conveniencia; pero les salió al contrario.